No un texto que inquiere sino crítica intratable (no polemiza, porque la polémica enraíza en el poder y la crítica va por la historicidad, los funcionamientos) que además propone respuestas para lo que nadie pregunta, abriéndose a un lenguaje que se aleja del símil, la repetición, la copia. No una ascesis de la lengua; ni una lengua de la gregariedad, ni del poder o la temperancia. valeria flores da cuenta de un lenguaje que resta por abundancia y que se auto organiza "molecularmente" en un impulso poético aleatorio, alcalino y más fermentativo que el mejor té chino. Hace de la lengua un músculo de afirmación y performatividad: demiurgo a la vez que trujamán.

Deslenguada es una guerra declarada contra lo que la lengua tiene de sujeción, de acción rectora, de opresión clasificatoria, de sugestión fetichizante y empobrecedora, proponiendo -como Nimrod- erigir en la página la torre donde more, soberana, la confusión. Y ocurre a lo largo del texto tal inflación verbal, tal espiral enloquecida de posibilidades lingüísticas, con textos que operan en alocado afán funambulesco distanciándose de los tópicos más pedestres, que no queda más que suscribir aquello de que aquí "el lenguaje es una vicisitud de vitalidad extrema" (G. Steiner).

Una sabiduría ósea, primitiva en la operación de la des-lengua: la de saber que el lenguaje no es refugio; no es techo, no es cama, no es pan pero, sobre todo, retozar en el placer de esta carencia; la carencia como combustible de su pulsión migratoria. Y arrobarse en una coreografía extravagante que se erige como una anti figura epigonal, acometiendo una operación que discuerda –en descarada

tautología, ni veleidosa, ni contingente–, no para clausurar sino para arrastrar al lenguaje hacia una intransitividad que lo vuelva opaco e inaccesible, esto es: poético. Como en el zen, flores empuja la forma hasta lo indecible para tallar el vacío; así como la forma está diseñada por el vacío que la circunda, así Deslenguada opera en lo no dicho por una copiosidad del decir. Escribir para, finalmente, enmudecer.

Un lenguaje que nos devuelve a "lo crudo y al anonimato", de regreso al inquietante silencio orgánico de lo vivo: fuera al fin de la mentira de la singularidad repetitiva, de la soledad privilegiada. Como en la tabla central de El jardín de las delicias (El Bosco), la Deslenguada lame el desenfreno y hace de ese acto, un acto del lenguaje.

Macky Corbalán

Maravillas de una lengua inmarcesible

"En el lenguaje, es siempre la guerra"
Henri Meschonnic

Antes que el lenguaje, el afán por el lenguaje engendra "humanidad"; paradójicamente, esa vehemencia en la Deslenguada de valeria flores se transmuta en un órgano - a la vez fisiológico y semántico- impiadoso, desatado en una aspérrima mondadura de lo constrictivo, lo reglado, lo servil -siempre presente en esa sugestión colectiva que conocemos como lengua- para exponerlo, denunciarlo, aniquilarlo; para proponer en su lugar el estallido como un locus desde el cual recomenzar.

Flores no escribe para decir ni para hacer pero su actuar sobre el lenguaje lo torna, en frenesí de creatividad daimónica, un dispositivo discursivo y operacional que va detrás del ritmo antes que del signo. Una escritura que obra como hipóstasis en el sentido kantiano: otorga materialidad al pensamiento, buscando situarse en un imposible exterior del lenguaje, con impecable destreza, fullería, visión. No articular el cuerpo al lenguaje, sino que el cuerpo sea el lenguaje.

En la Deslenguada, la lengua "delira": inventa dentro de una lengua, una lengua nueva. Así –por la vivisección del sentido- desconcierta, desterritorializa, colocándonos no ante una escritura de posibilidad, sino ante una escritura que "está sucediendo" todo el tiempo.